4ª SEMANA DE MAYO

"Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra"

Leemos la siguiente historia (cuatro lectores - *introducción*, narrador, **Teodoro** ***y*** **Alfonso**):

El israelita de 27 años, Alfonso de Ratisbona, se convirtió al catolicismo, iluminado por la gracia, al recibir una aparición de la Virgen tal como aparece en su imagen en la Medalla Milagrosa. Veamos cómo lo narra el propio Alfonso:

Yo no pensaba más que en los placeres. No soñaba más que en fiestas y diversiones, y por ellas me dejaba llevar con pasión. Era hebreo de nombre solamente, pues no creía ni siquiera en Dios. Un vacío existía en mi corazón y nada me hacía feliz.

Llegué a Roma por error. Mientras caminaba por la ciudad, oí que me llamaban: era Gustavo de Bussiéres, amigo de la infancia. Me alegró aquel encuentro pues me angustiaba la soledad. Fuimos a comer a casa de su padre. Cuando yo entraba en la casa, salía el señor Teodoro de Bussiéres, primogénito de esta distinguida familia. Yo sabía que era amigo de mi hermano y que había abandonado el protestantismo para convertirse al catolicismo, y a regañadientes le expresé mi intención de conversar con él. Cuando, antes de partir me tocó hacer las visitas de despedida, la de Teodoro la recordaba siempre como un deber desagradable que me había impuesto. El señor Teodoro de Bussiéres me hablaba de las grandezas del catolicismo, y yo respondía con ironía y con las acusaciones que había leído o escuchado con frecuencia.

Teodoro: De todas formas, ya que usted detesta la superstición y profesa doctrinas muy liberales, ya que tiene un espíritu valiente y muy ilustrado ¿tendría el valor de someterse a una prueba inocente?
Alfonso: ¿Qué prueba?
Teodoro: Sería ésta llevar consigo un objeto que le quiero regalar. ¡Mire! Es una medalla de la Santísima Virgen, la Medalla Milagrosa. Le parecerá ridículo ¿verdad? Sin embargo, yo doy un gran valor a esta medalla.

Confieso que la propuesta me sorprendió por su originalidad. La primera reacción fue la de reírme, encogiéndome de hombros. Accedí a tomar la medalla y me la puse al cuello.

Teodoro: Ahora es necesario completar la prueba. Se trata de rezar por las mañanas y por las tardes el "Acordaos", oración muy breve y muy eficaz que S. Bernardo dirigía a la Virgen María.
Alfonso: ¡Está bien! Le prometo recitar esta oración, pues aunque no me beneficie, creo que tampoco me perjudica.

No sé por qué motivo, decidí prolongar mi estancia en Roma. Mientras, rumiaba la invocación de San Bernardo constantemente y con rara impaciencia. El 20 de enero de 1842 me encontré con la carroza de Teodoro de Bussiéres. Se paró y me invitó a subir

en ella para un paseo. Paramos unos minutos en la iglesia de San Andrés “delle Fratte”. Me propuso esperar en la carroza, pero yo preferí bajar a ver la iglesia. La iglesia de San Andrés es pequeña, pobre y desierta. Caminaba mecánicamente, mirando a mi alrededor sin pensar en nada. Sólo me acuerdo de un perro negro que retozaba ante mí. Enseguida este perro desapareció, toda la iglesia también desapareció, ya no vi nada más o mejor...

Alfonso: ¡oh Dios mío! ¡vi una sola cosa! ¿Cómo podría hablar de ello? La palabra humana no puede expresarlo. Toda descripción, por muy sublime que sea, no sería sino una profanación de la verdad. ¡Pero, oh, era Ella! Volví los ojos hacia la capilla radiante de tanta luz, y vi sobre el altar de la misma, de pie, viva, grande, majestuosa, guapísima y misericordiosa a la Santísima Virgen María, semejante en el gesto y en la forma a la imagen que se ve en la Medalla Milagrosa de la Inmaculada. Me hizo señal con la mano para que me arrodillara. Una fuerza irresistible me empujaba hacia Ella y parecía decirme: ¡Basta ya!. No lo dijo, pero lo entendí.

Estaba allí, arrodillado, llorando, con el corazón fuera de mí, cuando el señor de Bussiéres me llamó de nuevo a la vida. No podía responder a sus preguntas apresuradas. Pero tomé la medalla que había puesto sobre mi pecho y besé con gran afecto la imagen de la Virgen deslumbrante de gracia. Veía en el fondo del abismo las enormes miserias de las que había sido arrancado por una infinita misericordia.

Dejamos unos minutos para reflexionar y recitamos la oración:

“ACORDAOS” (**TODOS**)

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro, haya sido desamparado de Vos. Animado con esta confianza, a Vos acudo, Oh Virgen, Madre de las vírgenes; y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana. No deseches, oh Madre de Dios, mis humildes súplicas; antes bien, inclinad a ellas vuestros oídos y dignaos aceptarlas favorablemente.